César Vallejo y España: una doble perspectiva

Desde julio de 1923 (fecha de su llegada a París), César Vallejo vivió los azares de la condición de emigrado, inconforme con su suerte, vacilante frente a la encrucijada de realizar su vocación literaria o de vivir desarraigado e insatisfecho en tierra extraña tan distinta de su ser y existir andino.

Para subsistir escribía crónicas o correspondencias de la vida europea destinadas a periódicos del Perú, mientras desempeñaba empleos eventuales y mal remunerados. El poeta era consciente de que en esas circunstancias no realizaba su destino literario y sentía el peso de la frustración. Debieron surgir en su ánimo otras posibilidades de realización de sus personales ambiciones. En el panorama europeo, —pensaba— sólo España y Rusia podían satisfacer sus apetencias de realización espiritual.

Paralelamente el destino histórico de España entre 1923 y 1938, tuvo en el desenvolvimiento de la obra de César Vallejo una gravitación decisiva. No fue un impulso deliberado o la inclinación de una afinidad individual lo que llevó a Vallejo a decidir sus primeros viajes a la península. Residente en París desde julio de 1923, el deterioro de su situación económica lo llevó a gestionar con la ayuda de un amigo generoso y siempre cordial —Pablo Abril de Vivero— que como diplomático vivía entonces en Madrid, la concesión de una beca de estudios (de jurisprudencia) en España que le permitiera una decorosa existencia o la prolongación de su estada europea y el ulterior regreso a su país.[1]

La larga y extensa correspondencia Vallejo-Abril ofrece testimonio veraz acerca de esa circunstancia. Los estudios podían no ser vigilados pero la administración de fondos públicos exigía que la cobranza de los subsidios debía hacerse personalmente. Así se explica que forzado por esa realidad de la rutina administrativa, tuvo Vallejo que viajar casi regularmente a la península dos o tres veces al año en el curso de 1925 a 1927, fecha en que se extinguió la beca. Eran los tiempos de la dictadura de Primo de Rivera (entre 1923 y 1930) frente a la cual Vallejo manifiesta entonces una forzada y aparente indiferencia por la vida política. Sólo después de las elecciones de 1931 y la subsecuente proclamación de la República Española, España significó para él la necesaria toma de posición, un tanto desconcertado o desafecto por las luchas de facciones que empezó a dividir a los republicanos. Ante ese panorama y definida su propia filiación socialista —reafirmada en los viajes a Rusia los años 1928, 1929 y 1931— Vallejo hace

[1] *Pablo Abril,* César Vallejo, Cartas. *Lima, Lib. Edit. J. Mejía Baca, 1975, 173 p.*

Lima. Monumento a Vallejo. Obra del escultor Baca-Rossi (Foto de Ana María Gazzolo)

viajes de otro carácter a España, prolongando por un año el que empezó en diciembre de 1930 hasta diciembre de 1931.

César Vallejo inicia su conocimiento de la realidad española en noviembre de 1925. El crítico Luis Astrana Marín lo había saludado en *El Imparcial* con irónica cordialidad, al igual que tiempo anterior lo había hecho con Vicente Huidobro, diciendo: «Los poetas del otro mundo se disponen a adoctrinar en su ritmo a las generaciones castellanas». Pero Vallejo le responde que al viajar a España no pretende promocionar su propia obra sino meramente realizar el deseo de conocer España por primera vez. Agrega Vallejo:

> De España apenas he conocido hasta ahora la verde y horaciana Santander... Desde la costa cantábrica, donde escribo estas palabras, vislumbro los horizontes españoles, poseído de no sé qué emoción inédita y entrañable. Voy a mi tierra, sin duda. Vuelvo a mi América Hispana, reencarnada por amor del verbo que salva las distancias, en el suelo castellano, siete veces clavado por los clavos de todas las aventuras colónidas.[2]

El autor de *Los heraldos negros* afirmaba enseguida como si respondiera a un intencionado interrogatorio periodístico de amigos franceses, furiosos parisienses, que iba a Madrid a conocer las grandezas de España,

> ... los irreprochables descalabros anatómicos del Greco, los auténticos estribos de oro regalados por los Papas a los grandes reyes déspotas; la pequeña esquina de la derruida Capilla del Obispo en la puerta del Moro, los dulces grupos de mujeres de velo, anacrónicas y sensuales; el alto y claro cielo; el primer manuscrito del idioma sobre el pergamino en que don Rodrigo Díaz de Vivar y su mujer Jimena testan sus heredades..., etc.

Era sin duda un programa de aproximación espiritual, de buena voluntad por la vida (como él mismo apunta), sin ánimo de utilizar el viaje como una gira literaria para cosechar homenajes, comentarios laudatorios y otros halagos que eran muy ajenos a su carácter. Pensaba seguir frente a la realidad española los dictados de su sensibilidad, reprochando en otros escritores la excesiva importancia de los grandes fueros de la auténtica inteligencia, de los ajetreos de oficio que las urbes estimulan. Y recuerda a Unamuno en su honroso destierro de Hendaya.

Y al finalizar el glosado artículo, enuncia este pensamiento cuyo acierto habrá de confirmar con su obra posterior:

> Pero esta noche, al reanudar mi viaje a Madrid, siento no sé qué emoción inédita y entrañable: me han dicho que sólo España y Rusia, entre todos los países europeos, conservan su pureza primitiva, la pureza de gesta de América.[3]

En otro artículo (de los únicos tres que dedicó a sus impresiones de España)[4] Vallejo plantea la posibilidad de resumir el espíritu español de la época en un ensayo que se titularía *Elogio del reposo,* y medita acerca de si ese sentido de «reposo» que él advierte debe atribuirse a una característica de la raza o a la consecuencia de una fatiga histórica. Convoca así a los ensayistas contemporáneos a dilucidar si se trata de un con-

[2] *César Vallejo, «Entre Francia y España», en* Mundial, *Lima, n.° 290, 1 de enero de 1926.*

[3] Ibidem.

[4] *César Vallejo, «Wilson y la vida ideal de la ciudad», en* Mundial, *n.° 295, Lima, 5 de febrero de 1926.*

templativo reposo histórico de gran sibila o de un «acodado perfil nostálgico sobre los horizontes fenecidos».

Intenta luego otra elucidación sobre los detractores tradicionales de España, empeñados en demostrar su alejamiento del espíritu europeo con aquella pseudo-teoría de que Europa termina en los Pirineos. La considera producto del orgullo de la Europa central y de la nórdica, penetrados «de su exclusiva filiación aria» al manifestar con agresiva soberbia y despectivo tono, un notorio menosprecio por los países meridionales «mezclados de alguna sangre y tradición semita». Se advierte que Vallejo sentía ya en 1925 el recrudecimiento de un agresivo racismo que habría de invadir el mundo de Occidente con el resultado de un trágico holocausto.

Ha llegado a considerarse despectivamente a España —dice Vallejo— «como un país en gran parte diferente y hasta desligado del resto de la vida europea». Esa condición de España —percibida lúcidamente por Vallejo— segregada del consorcio europeo por voluntad de Europa y también por incomprensión de los propios españoles encegueci-dos por antañonas grandezas —conducta que denunciaron en su tiempo los escritores del 98—, ha necesitado el transcurso hasta hoy de cincuenta años de duras experiencias y sacrificios, para conseguir que España y Portugal ocupen un puesto oficial en la Comunidad Europea.

Como buen asimilador de realidades, Vallejo interpreta el sosiego, el reposo español como un fenómeno extraordinario en un país donde «todos los tornillos y fuerzas del progreso aparecen como espiritualizados y transformados en un ritmo vital superior, más humano y menos físico...» y señala más adelante que los instrumentos del progreso (automóviles, aviones, la radio, el cinema, etc.) en España «no se dejan sentir» o sea que no angustian y dominan, ni destruyen «el libre y desinteresado juego de nuestros instintos de señorío sobre las cosas: en una palabra, que no nos hacen desgraciados».

Vallejo tiene la impresión en Madrid de que los elementos del progreso no nos esclavizan ni avasallan y antes bien contribuyen a disfrutar de la vida, sin mecanizarnos.

> La energía física, el vigor químico, los voltios de luz, la pantalla cinematográfica, el correo del aire, el vencimiento bancario, todo se hace en Madrid, comprensivo, inteligente, para arreglárselas satisfactoriamente con el hombre y siempre a favor de su dicha... Una placidez infinita, un sosiego de gesta, una carga de atmósfera alta impera en la vida ciudadana.

Vallejo se extiende en otras consideraciones, como el desprendimiento en cuestiones de dinero, las buenas maneras, el reposo en el yantar, la cortesía, el respeto humano en que priman los valores permanentes de la humanidad sobre la fuerza de los instrumentos del progreso.

El curso de su primer contacto con España sigue de Madrid a Toledo, donde observa las actitudes del turista moderno, atento a la actualidad de Toledo más que al hechizo de su historia, sin darse cuenta de que la escena transitoria y viva de lo actual es la refundición y cristalización esencial de aquella historia. Para él «un viejo toledano montado en un asno cristaliza en viva célula que pasa, todas las catedrales que quedan».[5]

[5] *César Vallejo*, «El secreto de Toledo», en Mundial, *n.º 315, Lima, 25 de junio de 1926.*

Es ésta, sin duda, una clara visión cordial de una España acogedora, de un pueblo sincero sin las marcas negativas de sus vecinos. En ese ambiente pudo vivir satisfecho, aunque sus propios impulsos rebalsaban esas satisfacciones del vivir, pues eran más poderosos los dictados del horizonte dialéctico de su propia mentalidad madurada frente al espectáculo del hombre oprimido por una sociedad obsoleta e injusta y también frente a la realidad de la crisis política reinante, agravada por el errático rumbo de las facciones republicanas.

Según Georgette de Vallejo después de dos viajes a la Unión Soviética, sale de París el poeta desterrado por la policía francesa, el 29 de diciembre de 1930 y llega para pasar el año nuevo (de 1931) a Madrid.

Durante su estancia en España, Vallejo trabajará en forma nunca antes más intensa. Por necesidad pecuniaria traduce tres novelas. Escribe *El tungsteno,* publicado en marzo. Escribe *Paco Yunque,* cuento para niños, pedido por un editor, que luego lo rechaza por «demasiado triste». En junio (1931) publica *Rusia en 1931.* El 14 de abril se proclama la República en España, la que Vallejo acoge con indiferencia. Vallejo que ya, como en París, enseña en células clandestinas se ha inscrito en el partido marxista español. Para Vallejo «una revolución sin sangre —y la experiencia lo confirma y lo prueba, decía— no es una revolución».[6]

Hasta la primera quincena de febrero de 1932 no regresa a Francia. En esos meses ha seguido gestionando ediciones de sus obras como *El arte y la revolución* y sus piezas de teatro y concluye su segundo libro sobre Rusia *(Rusia ante el segundo plan quinquenal),* rechazado por el editor.

No son muchos los datos que ha dejado Vallejo respecto de su quehacer y de sus amigos de Madrid. Es evidente que se vinculó con algunos periodistas o grupos literarios aglutinados a raíz del establecimiento de la República. Es evidente también que anduvo en tratos con libreros y editores. En 1930, estando fuera de España, había aparecido la segunda edición de *Trilce,* que para la crítica europea y española constituyó una verdadera revelación, comparable con la aparición de los poemas de Rubén Darío, treinta años antes. Lo han presentado José Bergamín y Gerardo Diego.

Vallejo permanece más de un año en España (diciembre de 1930 a diciembre de 1931). Se detiene en Barcelona y luego se establece en Madrid y viaja para una tercera y breve visita a la Unión Soviética entre septiembre y octubre de 1931. En Madrid conoce a Rafael Alberti, José Bergamín, Antonio Marichalar, Pedro Salinas, Federico García Lorca, Gerardo Diego; según Coyné, el café *La Granja de Henar* ha reemplazado momentáneamente *Le Dôme* o *La Coupole;* pero lo más importante es su dedicación a las actividades políticas: frecuenta una célula comunista de intelectuales a la cual concurren sus compatriotas Armando Bazán y Juan Luis Velázquez y escribe artículos para periódicos madrileños (como *La Voz, Estampa, Ahora)* que a menudo discrepan de su orientación ideológica demasiado precisa.[7]

Logra entonces establecer algunos contactos valiosos para ediciones de sus libros. Aparecen *Rusia en 1931* y *El tungsteno,* pero sin conseguir la edición de su drama *Mampar,* la de su cuento infantil *Paco Yunque* ni tampoco presentar su otro drama *Lock-out.*

[6] *Georgette de Vallejo,* Apuntes biográficos sobre «Poemas en prosa» y «Poemas humanos». *Lima, Moncloa Editores, S.A., 1969.*

[7] *André Coyné,* César Vallejo y su obra poética. *Lima, Edit. Letras peruanas, s. f., 1960?*

Vuelto a París, sigue entre 1932 y 1936, con creciente interés, los acontecimientos políticos de España. Identificado con los socialistas españoles, ha sustituido casi su propia producción literaria por el activismo político dedicado a los sectores de izquierda en la península. El estallido de la Guerra Civil Española, desde 1937, será el motivo central —la vida entera dirigida a un tema— de la poesía de Vallejo. A las piezas que más adelante conformarán el volumen de *Poemas humanos,* se agregan esas agónicas estrofas tan conmovedoramente tituladas *España, aparta de mí este cáliz,* con voz de evangélica influencia. Ya no había en Vallejo, entre 1937 y abril de 1938, otra obsesión que la de España agredida por los negadores de la democracia y la justicia social.

Por entonces empiezan a surgir, entre otros, los poemas «Himno a los voluntarios de la República», «Hombre de Extremadura», «Masa», «Cuídate, España, de tu propia España», fechados entre septiembre y octubre de 1937, los que según expresaba su propio autor contenían «poesía a la altura de las circunstancias». Era poesía de un hombre torturado, angustiado, al que «le dolía» España, víctima de la invasión.

> Ante la magnitud del acontecimiento —dice Georgette, su esposa— de inmediato colabora (en París) en la creación de «comités de defensa de la República». Asiste a reuniones, ayuda en mítines, cuyas repetidas actuaciones y pasión ni se hubiera sospechado. Escruta a toda hora, de día y de noche, los cables que llegan de España y son publicados en la estación de ferrocarriles de Montparnasse. Inicia una serie de artículos de llamamiento a favor de la causa revolucionaria española, en que denuncia la «no intervención» sólo provechosa al fascismo, no tan franquista como internacional. Diariamente toma notas y vuelve inclusive a enseñar marxismo en las células clandestinas de obreros simpatizantes. Pese al impacto escribe algunos poemas todavía. El otoño transcurre. A medio invierno (15 de diciembre de 1936) sale para Barcelona y Madrid. El 31 de diciembre de 1936 está de regreso en París... Se abre y avanza el año 1937, el más trágico de toda la existencia de Vallejo, que no logra a su regreso de España, reanudar su labor poética.[8]

El 2 de julio de 1937 es designado como representante del Perú en el Congreso Internacional de Escritores Antifascistas con sede en tres ciudades: Barcelona, Valencia y Madrid. El 12 de julio ya está de vuelta en París. Entre septiembre y diciembre de 1937, ante la derrota republicana, agrega Georgette:

> ... y bruscamente surge de Vallejo el monólogo interminable. En tres meses escribe 25 poemas, últimos de *Poemas humanos* y dirige a la misma España su ruego y su exceso de desesperación: *España, aparta de mí este cáliz.*

El reconomiento de la aportación de Vallejo a la poesía castellana se manifiesta ya tempranamente en aquellos intelectuales españoles (como José Bergamín, Gerardo Diego, Rafael Alberti, y más adelante, José María Valverde, Luis Monguió, Juan Larrea, Federico de Onís, Leopoldo Panero, etc.) que habrían de constituir en su mayoría la legión de los grandes emigrados de la cultura española del siglo XX, a raíz de la guerra civil.

Después de un lapso de casi medio siglo, las nuevas generaciones españolas harán pleno ese reconocimiento de Vallejo como genial figura renovadora del rumbo de la poesía castellana.

Podríamos decir, a la luz de testimonios veraces, que Vallejo vivió en la década de los años treinta como absorto vigilante del destino de la España eterna y que ensimis-

[8] *Georgette de Vallejo,* obra cit.

mado sufrió la angustia y el desgarramiento del cruento holocausto del pueblo español. Vallejo expone una íntima concepción del ser y del existir del hombre español, revelada por las circunstancias trágicas vividas. Vallejo buscó en España el contacto con el pueblo español, con los pobres y marginales que guardaban un tesoro de virtudes y de raigales costumbres y así encontró los arquetipos del ser nacional de ese momento en la gente de los más modestos pueblos de la península, en campesinos encumbrados como ejemplares epónimos dentro del espectáculo de la guerra civil y de la invasión extranjera. Capta «la imagen española de la muerte» en las escenas de los campos de batalla del Ebro y de Extremadura, de Bilbao y Málaga, de las matanzas de Guernica y Teruel. De esa imagen trágica emergen personajes epónimos como Pedro Rojas y su mujer Juana Vázquez, Ernesto Zúñiga o Ramón Collar, semblanza del combatiente muerto o del cadáver que sigue muriendo. Ahí están no los grandes jefes ni los capitanes de oficio sino los campesinos rudos y valientes que luchan por una fe en la justicia social, están también los mendigos y los niños indefensos e inocentes.

Este es el otro viaje de Vallejo por una España interior y eterna que no muere ni en las guerras más cruentas. En *España, aparta de mí este cáliz,* alienta siempre una esperanza de supervivencia en ese existir porque la derrota (si España cae) «es un decir».

La misma actitud aunque en circunstancias menos dramáticas, treinta años más tarde, tendría ante el hombre y el paisaje español José María Arguedas, proveniente como Vallejo de lo más hondo del Perú, de los Andes, la auténtica raíz humana de las Américas. Arguedas vino a España, en los años sesenta, a explorar el campo español, a ponerse en contacto con lo más profundo de la tierra española, con los campesinos de Zamora, Bermillo y Sayago, a investigar la estructura de las comunidades agrícolas, a encontrar con asombro las mismas características antropológicas que en las peruanas. Por eso perduran en Vallejo y en Arguedas su simpatía e identificación con el hombre del campo, fuese en los afanes cruciales, crudos e intrépidos de la revolución o en los años monótonos y silenciosos del régimen franquista. Porque en uno y otro país, el alma nacional se vertebra en ese hombre generalmente anónimo que respectivamente inspiró el interés y el atractivo del poeta iluminado o del antropólogo dotado de sabiduría e inquietud social.

De la vida y de la obra de Vallejo —inseparables perspectivas— fluyeron dos vertientes sucesivas de creación literaria vinculadas a España. La una, en prosa cálida, en meditaciones más que en crónicas, que tradujeron la realidad aparente en años de expectación, y ensayaron una reflexión sobre la vida española en su raíz urbana transitoria y en su vivir sosegado.

La otra vertiente se manifiesta en poesía sustantiva e inusual, humana y desgarradora, producto de la tensión histórica. La realidad interior del país eterno y la fuerza telúrica de la vida y de la muerte, dictan un mensaje memorable. En medio del dolor lacerante, el poeta entonces convoca esperanzado a los niños del mundo para que recojan la carga de energía vital que España está lanzando a la posteridad.

Estuardo Núñez